

SAN SEBASTIAN, ROMPEOLAS HISTORICO

El Grupo "Doctor Camino" filial de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País, se ha propuesto entre sus finalidades principales la de fomentar la investigación de la historia donostiarra. En esta línea de responsabilidades adquiridas, la aparición del primer tomo del "Memorial Histórico de San Sebastián" constituye su bautismo de fuego. Sin desorbitar el significado de este primer logro modesto, cuyo mérito principal es casi simbólico y cuya dificultad y alcance más importantes estibarán en sostener su continuidad, me creo obligado, como Presidente del Grupo, a anteponer unas palabras de presentación.

Acostumbrados por los moldes clásicos de la enseñanza a los esquemas amplios de la historia general, no logramos muchas veces descubrir el valor de la historia local, o el de tantas facetas subterráneas, pero fundamentales, de la misma gran historia. Existe una historia pequeña que posee un doble valor: el de ser la "nuestra", y el de ceñirse al fin y al cabo al palpito de la vida real humana, que es como la raíz y el punto más vivo de referencia de la gran historia. La historia que no tenga relación alguna con nosotros, ni siquiera un remoto valor de paradigma o ejemplo de experiencia humana, está desprovista de significado. La historia que se mueve en altísimos esquemas y no descende a la compleja vida real de nuestros antepasados, a saber, cómo vivían y pensaban, por qué valores y costumbres se regían, bajo qué condicionamientos de todo orden luchaban, no deja de ser una historia artificial y alejada de la vida.

Hoy como ayer existe un San Sebastián de nombradía internacional y nacional, y un San Sebastián íntimo o local; un San Sebastián de verano y otro de invierno, una ciudad de cara hacia afuera y otra de cara adentro. Todos estos aspectos integran nuestra historia, nuestro vivir y quehacer: suprimir cualquiera de esas facetas es prescindir

de un capítulo esencial del pasado. Estudiarlos separadamente, como si se tratara de compartimentos estancos, constituiría otro error. El punto de conjunción de ambas historias es el hombre, el donostiarra concreto en cuya sangre cantan el gascón y el vasco, el inglés y el francés; cuya vida se ha desarrollado durante siglos a la sombra de una fortaleza militar y encorsetada por unas murallas; cuyos ojos han estado siempre abiertos de cara al mar de las guerras, del comercio y de la pesca, y en una situación fronteriza propicia para el trasiego de hombres, de ideas y de cosas.

Hay un símbolo turístico en San Sebastián que pudiera transformarse en su propio símbolo histórico: el rompeolas. Los que hemos contemplado muchas veces la balsa quieta del Mediterráneo, siendo hijos del Cantábrico, nos resistimos a bautizarlo con el nombre masculino de *el mar* y lo designamos con cierta ironía como *la mar*. Y sin embargo en nuestra relación diaria con *el mar* bravo de que presumimos, no vivimos la angustia de una constante guerra sin cuartel con él. No ignorando sus terribles coletazos, lo festoneamos de bellas carreteras, le disputamos el terreno día a día y palmo a palmo, y lejos de separarlo de nosotros con un muro que sea frontera infranqueable y nos lo quite de la vista, establecemos un *hinterland* amistoso que es violado por ambas partes y transforma los momentos en que se rompe la tregua, en escaramuza amistosa que no rompe la paz fundamental. Algo de eso se me ocurre pensar al calificar la historia donostiarra de rompeolas. Retiro de la palabra y del concepto cuanto pueda tener de huraño, de áspera y de bélico, para subrayar lo que tiene de abierto al juego dinámico de las olas, a lo cambiante de sus mareas, al vivir en un txoko plácido e íntimo siempre abiertos a las solicitaciones que vienen de fuera y dispuestos a establecer el pequeño muro de nuestra idiosincrasia sin cerrazón para el mutuo intercambio, y para integrar —que es el único modo válido y duradero de conquistar en la historia—, todo lo que de bueno lame nuestras murallas como olas incesantes.

San Sebastián, rompeolas de razas: vascones y gascones, donostiarras y goyerritarras, fácil acogida tradicional del extranjero, amplias colonias de otras provincias. San Sebastián rompeolas de reinos y dinastías: Navarra y Castilla, la Bayona inglesa o francesa, carlistas y liberales. San Sebastián rompeolas de lenguas: el vasco, el gascón, el castellano, y la fácil aclimatación del francés o del inglés. San Sebastián

rompeolas —y en esta ocasión con tonos de repetida tragedia— en los grandes momentos bélicos: bastión fronterizo, en el que han dejado huella sitios, asaltos e incendios y cambios de bandera. San Sebastián rompeolas al que acude el hombre rural de las colinas de Ayete o la falda de Ulía con esquilas de ganado, praderas, manzanales y maizales; el del puerto, oliendo a salitre, a salazón, a pescado o a pólvora, y en tiempos pasados a cacao y café; el comerciante de la bodega repleta y variada, el de las partidas con remite o destinatario lejano o extranjero; o el eclesiástico, el letrado, el funcionario, etc. San Sebastián rompeolas entre el guipuzcoano de casa solariega, la familia sin prosapia pero lucida y meritoria, el artesano que va a más, y el foráneo que se enraiza en ella. San Sebastián, la de la sana democracia y la templada fusión de clases, donde no cuenta el apellido a la hora de dirigir sus destinos y hacerse cargo de la gestión pública; la de las múltiples iniciativas; la ciudad donde no se pregunta con énfasis discriminatorio *quién* es uno, sino *qué hace*. San Sebastián rompeolas de ideas e instituciones: Fuero viejo y Ordenanzas, primeros atisbos en derecho marítimo; la de vestigios góticos y platerescos, la vecina, y menos hirsuta, del protestantismo, la despierta ante la Enciclopedia, la Revolución francesa y el liberalismo; la del Consulado del Mar y la Real Compañía de Caracas...

Mientras escribo estas líneas, diviso desde mi ventana el rompeolas. El mar está en calma, pero no quieto; el rompeolas toma el sol y mantiene su puesto en diálogo amistoso con su asiduo y móvil amigo. Es nuestra historia: con pocos momentos haróicos, sin grandes exaltaciones, con una gastronomía que nos hace pisar la tierra, disfrutar de la gracia del vivir y limar las asperezas inevitables de la vida, con un gusto tradicional por lo bello, con un *savoir faire* que sabe conjugar la solemnidad eclesiástica o profana bien hecha, con la sencillez y el igualitarismo, lo religioso con lo *mondain*, la propia fe con el respeto a los demás. He utilizado, casi sin darme cuenta, dos galicismos. El galicismo es una mera denominación gramatical que para algunos adquiere tonos ofensivos y constituye un delito de *laesa patria*. San Sebastián los encaja con naturalidad, sin sentirse perturbada en su ser íntimo, lo mismo que encaja las modas o los adelantos técnicos europeos, avanzando siempre y sin sobresaltos. Mira hacia las cosas, las ideas y los hombres, con la misma amplitud con que contempla el mar sin preguntarse dónde comenzará esa línea mágica y convencional

que hemos dado en llamarla de las "aguas jurisdiccionales". Lo primero es el agua; luego vienen las jurisdicciones.

Al comparar a San Sebastián con otras ciudades —pienso en Pamplona y Vitoria, por no extenderme hasta Burgos, Soria, Zamora— el contraste es evidente. Parece que las demás ciudades poseen perfiles más netos, un alma más diferenciada, un casticismo de sabor más preciso. Y estamos tentados a pensar que el cosmopolitismo donostiarra con su carácter secular constituye una pérdida de esencias y de alma. El casticismo, tan aireado por Unamuno, no cuenta con nosotros. Y aunque parezca paradójico nuestro sello propio nuestro casticismo consiste en la falta de un casticismo denso de contenido e inmóvil en sus manifestaciones. ¿Qué es lo *castizo* en una ventana? En Avila, que sea doble para proteger contra el frío; en otros lugares de Castilla o Andalucía que esté siempre cerrada y protegida de persianas, para amparar del calor. En San Sebastián que esté abierta a la brisa del mar y sólo se cierre cuando amenaza la galerna, y que se rompan y ríen sus cristales cuando sorprende la tormenta. Como es castizo que el paragüas no sirva para nada sino para doblarse hacia arriba y dejar en ridículo a su cándido portador, mientras que en otras partes sirve o de bastón distinguido o para componer el porte.

San Sebastián, ventana hacia Europa y hacia Castilla, está siempre abierta y por ella corren todos los aires. Su casticismo consiste en no poseerlo, en su inmensa capacidad asimilativa e integradora, en ser variable e inquieta como su mar, en no pretender resistir a la larga de frente, sino de costadillo; en levantarse cada mañana para saber qué tiempo hace y sólo de vez en cuando sentarse a pensar cómo resistir a las mareas históricas. Es difícil de asimilar esta lección secular y diaria, y no es de fácil digestión para los fixistas, para los anclados en sus módulos, para los que desean perfiles netos y tajantes. El Arlanzón lleva la misma agua en invierno que en verano. Nuestro maestro, que es el mar, cambia dos veces al día, juega con nosotros durante todo el año, y lleva siglos acariciándonos con su brisa, con sus aguas siempre renovadas, con sus coletazos inesperados —aunque ya le hemos tomado el pulso y "nos las sabemos todas"—, con sus bacaleros o merluceros, balandros o *out-board*, con sus destructores de guerra o el inolvidable Cementos Rezola, n. 1. San Sebastián tiene más de cien mil vigías acostumbrados a esta fiesta variada y otros tantos rompeolas. Y un rom-

peolas es todo lo contrario del castillo de Maqueda o de Oropesa. Nadie tiene la culpa.

* * *

Por eso la historia de San Sebastián es también muy especial y caprichosa. Habiendo sido hasta nuestro tiempo una ciudad diminuta, su historia posee un empaque desproporcionado en relación con su extensión o demografía. Es una historia rica y compleja, con coquetería de mujer, que se aviene mal con los moldes históricos clásicos. Y para que el capricho se imponga como ley, San Sebastián flirtea con el historiador, obligándole a que descubra sus gracias, sin prestarle la ayuda de unos archivos repletos. Ciertamente los tuvo y dan constancia de ello viejos catálogos. Pero una docena de incendios y el más aciago de todos el de 1813, dejaron a la historia donostiarra casi reducida a la desnudez de la pura leyenda, en que el pasado se desdibuja con contornos imprecisos. San Sebastián una vez más, y esta vez con características de batalla científica, es rompeolas para los historiadores, que han de tratarla con esfuerzo, salvando reliquias, buscando documentos, dando pasos inciertos hacia el pasado, tratando de conocer su vida íntima encerrada entre murallas y su vida de cara hacia fuera. Todo requiere ser tratado con mimo: los grandes acontecimientos y la menuda historia. Todo puede ser transformado en "hecho histórico" e historiable, porque, a fin de cuentas, en cualquier mínimo detalle o lance está presente la compleja realidad de la vida. Este primer tomo del "Memorial Histórico de San Sebastián" puede ser una muestra. Diversos trabajos, ordenados por orden cronológico de tema, nos acercan a otras tantas realidades de nuestra historia.

El Profesor norteamericano Longhurst, a quien agradezco el amable permiso concedido de traducir y publicar su investigación, nos descubre en nuestros días de ecumenismo, incidentes de la lucha religiosa europea del siglo XVI que tuvieron lugar en San Sebastián a raíz de la primera condena de ingleses luteranos acaecida en España. Merece tomarse en cuenta la reacción habida en nuestra ciudad. Personalmente contribuyo al tomo con una investigación sobre Miguel de Oquendo; y no para tratar precisamente de sus glorias militares, sino para adentrarme en la más viva historia donostiarra y ver en ella la reacción sobrevinida con motivo del hábito de Santiago otorgado al gran ma-

rino en 1582. Muchas cosas se revelan en medio de esta historia pormenorizada: figuras donostiarra de fines del XVI, gentes variadas de mayor o menor relieve, rencillas, motines de gente de mar, datos relativos a la familia de Oquendo, criterios de valoración social, mezquindades y buen sentido, vanidades de viejos y nuevos ricos, el aprecio del trabajo, la imposición de moldes sociales extraños, etc.

El abogado donostiarra, D. José María Eizaguirre, nos brinda un primer estudio de las Ordenanzas del Consulado de San Sebastián, analizando sus fuentes y significado y enmarcándolo en el cuadro de la historia del Derecho mercantil y marítimo. El franciscano, P. Lasa, recoge interesantes noticias sobre la persona del Doctor Camino y Orella, el primer historiador sobre San Sebastián que presta su nombre para el bautizo del Grupo que pretende seguir su esfuerzo.

Tras estas cuatro investigaciones, una segunda sección recoge documentos referentes a San Sebastián. Dada nuestra penuria archivística, el Libro de mandatos de visita de la donostiarrrísima parroquia de San Vicente, que comienza en 1541, es una joya inapreciable cuya edición preparo, no obstante la hubiese utilizado ampliamente el benemérito D. Ramón Inzagaray en su Historia eclesiástica de San Sebastián. Reservando para esa publicación el conjunto de las actas oficiales de visita, anticipo en este tomo un nutrido grupo de noticias y relaciones, de variada importancia, sobre sucesos donostiarra de los siglos XVIII y XIX. Todos ellos, dada la naturaleza del libro, revisten carácter eclesiástico: Misiones, fundaciones, procesiones, visitas de personas reales, Juntas generales, etc., pero merecen sin duda ser contados entre las fuentes documentales de nuestra ciudad.

Sólo me resta tributar mi agradecimiento a los colaboradores y a la Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián, cuyo mecenazgo económico sobre las empresas culturales del Grupo "Doctor Camino" merece el agradecimiento de todos los vinculados, por sangre, cuna o simpatía, a San Sebastián. El ciclo de quince conferencias sobre temas donostiarra celebrado este año en la Biblioteca Municipal y la aparición de este tomo son los primeros frutos del Grupo "Doctor Camino". Aunque menores que los proyectos y deseos, son algo más que una promesa: son las primicias de un esfuerzo y de una voluntad de continuidad, al mismo tiempo que espécimen de una obra que ya empieza a

germinar en la provincia con la creación de grupos similares de historia, y que algún día, bajo el ancho manto de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País, podrán culminar en el nacimiento de una amplia familia de historiadores, cuyo patronato correspondería a nuestro historiador guipuzcoano Esteban de Garibay.

San Sebastián, 30 de junio de 1967.

J. IGNACIO TELLECHEA IDIGORAS
Presidente del Grupo "Doctor Camino"

